

Tránsitos, fronteras y sujetos

1

Accedemos en coche al territorio cercado, después de recorrer durante casi dos horas una larga carretera de varios kilómetros sin asfaltar en varios tramos. El perímetro bajo control se encuentra rodeado de una variedad de cercamientos físicos (vallas metálicas, muros de cemento coronados por alambre de espino, etc.), sistemas de vigilancia (fundamentalmente cámaras de circuito cerrado, pero también guardias parapetados en diversos puntos de la periferia territorial) y de regulación del tránsito (una entrada principal, pero también otras secundarias, gobernadas por puestos de vigilancia).

Días antes, hubimos de enviar un paquete de infor-

mación personal que comprendía: el nombre propio, las credenciales profesionales y el número del documento de identidad. Sólo así podían garantizarnos el acceso al lugar.

Al aproximarnos en coche a la entrada principal, un par de cámaras laterales rotan mecánicamente para seguir las evoluciones de nuestro vehículo. Dos de los guardias se adelantan desde el puesto de vigilancia indicándonos frenar a unos pocos metros de distancia frente a la entrada. Se nos piden los datos. Uno de ellos se encuentra de pie junto a nuestro vehículo mientras el otro regresa pausadamente a la entrada. Vemos de lejos cómo contrasta nuestros datos personales con los contenidos en una larga lista impresa, mientras nos observan a distancia. De manera pausada camina de nuevo los metros que separan el puesto de nuestro vehículo; asiente con la cabeza en un gesto que interpretamos como

una autorización para acercarnos sin bajar del coche. Aproximamos el vehículo hasta el límite de la entrada; una valla nos impide continuar. Un tercer guardia sale del puesto y nos indica con un gesto abrir el maletero para que pueda ser revisado. Uno de nosotros sale del coche y le facilita registrar aquello que transportamos en la parte trasera: un equipo de fotografía profesional completo. Hurga en los bolsos, se da por satisfecho; con un nuevo gesto nos indica cerrar el maletero y volver a montar en el coche. La valla se alza y permite a nuestro vehículo avanzar junto a una señal que establece el límite de velocidad. Esta vez se nos autoriza pasar a través de la entrada principal. En una ocasión previa fue necesario, tras identificarnos, rodear con el vehículo el perímetro del territorio protegido, localizar una de las entradas secundarias o de servicio, volver a participar del ritual de identificación y control, declarar con detalle el equipo de trabajo que portá-

bamos, aparcarse en el exterior del perímetro controlado, entrar a pie por un túnel subterráneo y después por un camino secundario acompañados en todo momento por un guardia de seguridad, etc.

Al final de uno u otro tránsito de entrada conducimos el vehículo hasta un aparcamiento lateral. Sacamos las bolsas con el equipo fotográfico y nos dirigimos al set donde ya se preparan las modelos que habremos de retratar, siguiendo indicaciones.

2

Madrugamos para tomar el autobús que nos llevará con tiempo suficiente al aeropuerto. A la llegada esperamos en fila frente al mostrador de facturación. Nos emiten la tarjeta de embarque. Hacemos otra larga cola antes de pasar un primer control donde se verifica visualmente la autenticidad de esa tarjeta. Inmediatamente después, una larga cola para pasar

Transit, borders and subjects

1

We reach the fenced-in area in our car, after driving for almost two hours along a road with several unpaved sections. The perimeter of the area under control is surrounded by a range of physical enclosures (wire fences, concrete walls crowned with barbed wire, etc...), surveillance systems (fundamentally closed circuit cameras, but also guards positioned at different points of the periphery, and access controls (a main entrance, but also secondary ones, controlled by check points).

A few days earlier we had sent ahead a personal information pack that included: full name, professional credentials and identity card number. This was the only way to ensure access.

As we drive up to the main entrance, a pair of side cameras rotate automatically to follow the movements of our car. Two of the guards emerge from the guard house and gesture for us to pull up a few meters in front of the entrance. They ask for our details. One of them stands near our vehicle, while the other walks slowly back to the entrance. From afar, we see him check our personal details against a long printout, while they watch us from a distance. Taking his time, the guard retraces the few steps that separate the guard house from our car; he nods, a gesture that we interpret as permission to advance without getting out of the car. We drive the car right up to the entrance; a barrier prevents us from continuing. A third guard walks out of the guard house and gestures for us to open the boot so it can be checked. One of us gets out of the car and opens the boot so he can search the material we are carrying in the back: a full professional photographic kit. He rummages through the pockets and seems satisfied; he gestures again for us to close the boot and get back into the car. The barrier goes up

and allows our car to move forward near a sign that displays the speed limit. This time we are permitted to cross the main entrance. On an earlier occasion, after identifying ourselves, we were forced to drive around the entire perimeter of the protected territory, locate one of the secondary or service entrances, go through the entire ritual of identification and control once more, declare the contents of the work equipment we were carrying in detail, park the car outside of the controlled perimeter, enter through an underground tunnel on foot and then through a secondary path accompanied at all times by a security guard, etc.

At the end of one or another the two entrance procedures, we drive the car back to a parking lot off to one side. We take the bags containing the photographic equipment out of the car and head towards the set where the models we are to photograph are already getting ready, following instructions.

2

We get up early to catch the bus that will take us to the airport with sufficient leeway. On arrival we wait in the queue in front of the check-in counter. We are issued with a boarding card. We take our place in a long queue that leads to a first security check where the authenticity of this card is confirmed visually. Straight afterwards, we join a long queue that leads to a second security check. We are forced to use three white polythene trays: one, for the portable computer that we have had to take out of the backpack and remove from its protective cover; two, for the backpack; three, for the warm clothing and metallic elements (coins, cell phone, etc...). We go through the electronic security check (us, under an arch; the trays, on a conveyer belt that takes them through a scanner) after a 15 minute wait without encountering any particular problems. While we are repacking our clothes and luggage, we watch others going through the security check. A woman with dark hair and skin walks under the arch. It lets out a high-pitched electronic beep. A female



un segundo control de seguridad. Estamos obligados a hacer uso de tres bandejas de polietileno blanco: una, para la laptop que nos han exigido sacar de la mochila y de su funda protectora; dos, para la mochila; tres, para la ropa de abrigo y los elementos metálicos (monedas, teléfono móvil, etc.). Pasamos el control electrónico (nosotros bajo un arco; las bandejas atravesando un escáner desplazándose sobre una cinta transportadora) tras 15 minutos sin mayor inconveniente. Mientras recolocamos nuestra ropa y el equipaje, observamos cómo prosigue el control. Una mujer de cabello y tez oscuros cruza bajo el arco. Éste emite un pitido electrónico agudo. Una guardia –con el uniforme de una empresa privada de seguridad– le interpela: ¿llevas algún objeto metálico? La mujer morena responde, en un castellano imperfecto, que no entiende. Masculla algo en un idioma que, escuchado a lo lejos, parece provenir del Este de Europa. Extranjera. La

guardia de seguridad le solicita gesticulando sin demasiados miramientos quitarse el cinturón y los zapatos, y volver a pasar bajo el arco. La mujer morena obedece. El arco vuelve a pitar. La guardia de seguridad le hace señas para que separe las piernas y se dispone a cachearla. Las manos ágiles se detienen a la altura de la cintura de la mujer morena. Palpa en el interior del borde del pantalón. Se miran a los ojos por un instante. La guardia de seguridad se gira con rapidez para coger el cinturón que la mujer morena había depositado en una de las bandejas con el resto de sus pertenencias. Lo palpa. Vuelven a mirarse a los ojos. La guardia de seguridad lleva a su oído un teléfono portátil o un walkie y hace una llamada interna. Aparece a los pocos segundos un Guardia Civil bastante joven. Se planta a muy poca distancia frente a la mujer morena, con las piernas separadas y los brazos en jarra, retándola con contundencia: ¿a ver, tú

eres la que dice que no entiende? Intercambia unas pocas palabras con la guardia de seguridad (“ya me conozco yo a éstas”) y se lleva a la mujer morena asiéndola con fuerza del brazo, conduciéndola así fuera de la mirada del resto de los pasajeros que hace rato observábamos la escena.

3
Accedemos en coche al territorio cercado, después de recorrer durante media hora una larga carretera asfaltada de varios kilómetros. El perímetro bajo control se encuentra rodeado de un cercamiento que consiste fundamentalmente en un largo muro de ladrillo y cemento coronado por alambre de espino y donde se encuentran incrustadas a intervalos regulares varias torres de vigilancia. Una entrada principal, gobernada por un sencillo puesto de vigilancia, es el único punto de acceso que alcanzamos a ver.

Días antes, hubimos de enviar un paquete de información personal que comprendía: el nombre propio y el número del documento de identidad. Sólo así podían garantizarnos el acceso al lugar. Anteriormente, la administración de la Bienal había facilitado un resumen de nuestro proyecto que habíamos redactado a modo de solicitud, y al que la Dirección del Centro Penitenciario había dado el visto bueno.

Al aproximarnos en coche a la entrada principal, miramos si existen cámaras laterales que roten para seguir las evoluciones de nuestro vehículo; pero no las localizamos. El control de entrada parece ser modesto, proporcional a las dimensiones del centro penitenciario. Un guardia nos indica desde su cabina detenernos justo frente a la entrada, al lado de la ventanilla a través de la que nos solicita entregar los documentos de identidad. Se los damos en mano y nos son devueltos tras la rápida operación de



guard –wearing the uniform of a private security company –addresses her: are you carrying any metallic objects? The dark-skinned woman answers in an imperfect Spanish that she doesn't understand. She mumbles something in a language that, from a distance, seems to be Eastern European. A foreigner. The security guard roughly gestures for her to take off her belt and shoes and walk under the arch again. The dark-skinned woman obeys. The arch beeps again. The security guard gestures for her to stand with her legs apart and goes to frisk her. Her agile hands stop at waist height on the dark-skinned woman. She feels the inside of the edge of her trousers. Their eyes meet for an instant. The security guard turns around quickly and picks up the belt that the dark-skinned woman had left on one of the trays with the rest of her belongings. She examines it with her hands. Their eyes meet once more. The security guard holds a mobile phone or walkie talkie to her ear and makes an internal call. A few seconds later a male Civil Guard, quite young, walks up. He stands very close to the dark-skinned woman, facing her,

with his legs apart and his hands on his hips, and challenges her bluntly: so, you're the one who says she doesn't understand? He exchanges a few words with the security guard (“I know the likes of these”) and takes the dark-skinned woman away, grasping her arm roughly, leading her away from our eyes and those of the other passengers who have been watching the scene for some time.

3
Our car approaches the enclosed area, after driving along a long paved road for half an hour. The perimeter under control is surrounded by an enclosure that essentially consists of a long brick and concrete wall crowned by barbed wire, with several surveillance towers built into it at regular intervals. A main entrance, controlled by a simple surveillance post, is the only entry point that we manage to see.

A few days earlier, we had sent a personal information pack that included: full name and identity card number. This was the only way to ensure access.

Earlier still, the Biennial team had provided a summary of our project that we had written by way of request, and which had been approved by the Management of the Penitentiary Centre.

As we drive up to the main entrance, we look around to see whether any side cameras are rotating automatically to follow the movements of our car; but we don't see any. The entrance check seems very modest, in proportion to the size of the penitentiary centre. From inside his booth, a guard gestures for us to pull up just inside the entrance, next to the window, through which he asks us to hand over our identity papers. We give them to him and he returns them after a quickly checking them against a printout. The barrier goes up and allows our car to continue. As we cross the entrance, the following landscape unfolds before our eyes: a long street that offers a far-reaching view leading to a mound on the horizon, with a row of houses on the right that, together with the sidewalks and the row of cars parked square on to the curb in the usual way along the

side of the road, offers a familiar feel of a peaceful middle sized city or a modest residential area. But this feeling is interrupted when look to the left and see that there is no mirror image of another row of houses, but the brick or metal façades of small pavilions with bars on the doors and windows.

We walk towards one of the doors on the left, and enter a large, empty, enclosed space; somebody gestures to us from a doorway at the far end. We walk up to this new check point. They ask us to show them our working equipment (photographic cameras, tripods, etc.) and check each piece against the list of materials that we had previously requested permission to use. We leave our identity cards, money and mobile phones on a table, where they will remain with the guard. The gate at the end opens and allows a glimpse of an open space, flooded with daylight. We head towards it on foot, and it leads us into the first courtyard of the penitentiary centre. The barracks that surround it have heavy bars on the windows; on some of them, clothes have been hung

contrastarlos con un listado impreso. La valla se alza y permite a nuestro vehículo avanzar. Al atravesar la entrada se abre a la vista este paisaje: una larga calle que ofrece una perspectiva en profundidad desembocando en el horizonte de un montículo, con una fila de casas unifamiliares a la derecha que, junto con las aceras laterales y la hilera de coches aparcados en batería de manera habitual al margen de la calzada, ofrecen el aire cotidiano de una ciudad tranquila de dimensiones medias o de una

zona residencial modesta. Pero esa sensación se ve perturbada cuando, a mano izquierda, se observa no la imagen especular de otra fila de casas, sino las fachadas de ladrillo o metálicas de pequeños pabellones con entradas y ventanas enrejadas.

Nos dirigimos caminando hacia una de las puertas de la izquierda, y entramos en un espacio amplio y vacío, cerrado; nos hacen señas desde una puerta al fondo. Nos aproximamos a este nuevo control de

acceso. Nos solicitan mostrar el equipo de trabajo (cámaras fotográficas, trípodes, etc.) y contrastan cada pieza con el listado de materiales para los cuales habíamos solicitado previamente permiso de uso. Depositamos sobre una mesa los documentos de identidad, el dinero y los teléfonos móviles, que quedan bajo la custodia del guardia. Se abre el portón al fondo y deja ver tras de sí un espacio más diáfano, iluminado por la luz del día. Hacia allá nos dirigimos caminando, para acabar desembocando en

un primer patio del centro penitenciario. Los barracones que lo rodean tienen las ventanas fuertemente enrejadas; de algunas cuelgan ropas lavadas que se secan al aire libre. Unos pocos internos charlan en pequeños grupos. Al dirigirnos hacia el pabellón donde se encuentra el salón de actos, dejamos detrás nuestro el muro coronado por alambre de espino donde se incrustan las torres de vigilancia.

Entramos, por una puerta por la que sólo cabe una



out to dry in the sun. A few inmates are chatting in small groups. As we head towards the pavilion where the assembly hall is located, we leave behind the wall crowned with barbed wire with built-in surveillance towers.

We walk through a narrow doorway that forces us to enter one by one, into a very small space, barely 10

meters square. In the corner opposite the door that we entered through, there is a small window through which two civil servants gesture for us to approach. We identify ourselves with the identity cards we were given at the previous check point and that we must compulsorily carry. Almost automatically, one of the civil servants carries out a movement he has repeated many times in the past: he either moves a lever or presses a button, to activate the

mechanism that opens the metal gate separating us from the next courtyard that we have to enter. The metal door-gate opens by sliding to the left, slowly but with the deep sound of a motor, and, at the same time, a piercing high-pitched metallic screech. Before it is fully open, the sound - which is also reflected in stereotyped sinister prison films and the TV series Get Smart - evokes an immediate mental

image in those of us who have been in prisons before: a jail is a place where the sound of heavy metal doors opening and closing occasionally startles by breaking the silence: cling-clang, cling-clang...

4

I am writing to you in order to leave some trace other than the traumatic memory of my arrival in

persona cada vez, a un espacio muy pequeño, de apenas 10 metros cuadrados. En la esquina opuesta a la puerta por donde penetramos hay una ventanilla a través de la cual dos funcionarios nos hacen señas para que nos aproximemos. Nos identificamos mediante unas tarjetas de identidad que portamos obligatoriamente desde el control anterior. Uno de los funcionarios realiza casi sin pensarlo un gesto mecánico aprendido, repetido ya muchas veces anteriormente: se trata del movimiento de una

palanca o de la presión sobre un botón, que activa la apertura de la reja que nos separa del siguiente patio al que hemos de acceder. La puerta-reja metálica se abre desplazándose hacia la izquierda, lentamente pero con un grave sonido de motor y un agudo chirrido metálico simultáneos y penetrantes. Antes de que acabe de abrirse, la evocación –que tiene asimismo su reflejo en las imágenes estereotipadas del siniestro cine carcelario o del Superagente 86– que ese sonido trae a quienes hemos estado

otras veces en prisiones es inmediata: la cárcel es un lugar en el que sobrecoge el sonido contundente de puertas metálicas que se abren y se cierran rompiendo ocasionalmente el silencio ambiental: clin-clan, clin-clan...

4
 Les escribo para dejar alguna otra huella que la del recuerdo traumático de mi arribo al continente viejo. Tuve un milagroso buen vuelo. El ingreso a Europa exige, como todos los ingresos fronterizos, hacer la cola correspondiente a migraciones. Esta vez, quizá por el aburrimiento de la larga espera, llamé mi atención, irritándome, la rapidez de otra cola que avanzaba con mucha celeridad. Cuando levanté la vista, el cartel que indicaba el privilegio de unas personas sobre otras decía: "Ciudadanos" (en español, catalán, inglés: ciudadanos). El cartel situado sobre nuestra cola rezaba en cambio: "Ciudadanos NO EU", extracomunitarios; un signo negativo que parecía significar más bien algo así como potencialmente NO-ciudadanos.

Sería el pecado de los malos pensamientos o el

atrevimiento irreverente de haber intercambiado con la señora delante mía esta observación. El caso es que algún motivo insospechado me hizo objeto de selección policial, junto a otros veinte "ciudadanos no". Tal honor consistió en preguntarnos con cara de asco a qué veníamos a España, exigirnos carta de invitación del siempre bajo sospecha invitador, y, ante la falta de tal carta, dejarnos esperando en un limbo espacio-temporal del que nadie sabía cuándo ni bajo qué condiciones saldríamos: si con permiso de tránsito o deportados.

Imposible salir a recoger la maleta que estaría dando vueltas en la cinta transportadora, prohibido llamar por teléfono; documentos y pasajes retenidos. Peligroso ir al baño: atenta mirada vigilante de ratis con cara de huelemierdas. Bastante más de dos horas como promedio de retención de las personas que integraban mi grupo bajo control policial. En mi caso un poco más, pues fui la última en acceder al derecho (al favor, según me indicaron) de que hicieran la llamada de identificación a mi invitante, como se supone que me correspondía. Tal vez el retraso se debió al atrevimiento de acercarme a estos seres



the old continent. I had a miraculously good flight. Like all border crossings, entry to Europe entails joining the queues corresponding to migration. This time, perhaps because of the boredom of a long wait, my attention was drawn to another queue that was advancing very quickly, irritating me. When I looked up, the sign that indicated the privilege of some people over others said: "Citizens" (in Spanish, Catalan, English: citizens). While the sign above our second queue said: "NON-EU Citizens," non-European Union; a negative sign that seemed to mean something more like potential NON-citizens.

Perhaps it was a punishment for my evil thoughts, or the irreverent impudence of having shared this observation with the woman in front of me. But in any case, some unknown reason made the police choose me, along with twenty other "citizens not." The honour consisted in asking us with a distasteful expression what we were coming to Spain for, and demanding the letter of invitation from our hosts - always viewed with suspicion; and, when we failed to justify why we were not carrying with us said letter,

in leaving us to wait in a time-space limbo from which nobody knew when or under what conditions we would be released: whether with permission to enter, or as deportees.

Impossible to go out and collect the suitcase that would be circling round and round on the conveyor belt; not allowed to make phone calls; documents and tickets confiscated. Dangerous to go to the bathroom: the watchful gaze of pigs with sour expressions. The people in my group spent an average of quite a lot more than two hours of detention under police control. A bit more in my case, because I was the last to be allowed to exercise my right (a favour, according to them) of having them call my host for identification, as I was supposedly entitled to. The delay may have been due to my audacity in approaching those beings-become-policemen, to explain to them that my boyfriend was at the airport waiting for me with a four year old girl, and hadn't had any signs of life from me; reason for which, I thought, it would be appropriate to contact him as soon as possible (it seems that here in Europe they



brag about defending the rights of minors who are citizens. But it seems that if your dad is friends with some Latin American "sudaca," those rights are reduced).

The fact that you are reading me writing this from Europe means that they let me in. But first, I was taken to a room by the woman who was playing good cop, who, after asking me with an expression of distaste the same questions that I had already been

asked repeatedly, explained, with an air of teaching the little Indian, the numerous ways in which I had infringed the law. The conclusion was that I was to take care never to commit those offenses again. That this time I would be granted the favour of being allowed to enter, for which I should be grateful, to the police, to the Kingdom of Spain, and above all to the catholic God, for having made me white and given me European friends.

devenidos en policías, para explicarles que mi novio estaba en el aeropuerto esperándome con una niña de cuatro años, sin noticias más; razón por la que, me parecía, parecía adecuado que se comunicaran con él a la mayor brevedad (acá en Europa se jactan de defender los derechos de los ciudadanos menores de edad. Pero parece que si tu papá es amigo de algún sudaca, esos derechos se ven disminuidos).

El hecho de que me lean escribiendo desde Europa significa que me dejaron pasar. Antes, eso sí, me sentó en un cuartito la mujer que jugaba el papel de policía buena, quien, luego de preguntarme con cara de asco las mismas preguntas que repetidamente me habían sido formuladas, me explicó con aires de educar a la indiecita cuáles habían sido mis numerosas violaciones a la ley. La conclusión fue

So, having been chosen, I drink a toast to all the rights rendered, and to the good fortune while it lasts. In spite of those who wield the most power in this beautiful and unjust world, I send you greetings with love and joy.



que debería tener cuidado de no volver a cometer esas infracciones. Que por esta vez se me hacía el favor de permitirme el ingreso, por lo que debería estar agradecida, tanto a la policía como al Reino de España, y sobre todo al Dios católico, por haberme hecho blanca y darme amigos europeos.

Así que, habiendo sido seleccionada, brindo por los derechos prestados y por la suerte mientras dure. Pese a los que mandan en este bello e injusto mundo, los saludo con amor y alegría.

El **Tránsito 1** describe un desplazamiento por superficie para ejercer una tarea profesional “creativa” en el interior de un country o barrio cerrado en la Argentina. El **Tránsito 2** describe un viaje aéreo en el interior de España: nuestro primer viaje de trabajo para realizar este proyecto. El **Tránsito 3** describe nuestra primera visita al centro penitenciario donde impartimos el taller fotográfico que forma parte de este proyecto para Manifesta 8. El **Tránsito 4** describe una experiencia fronteriza reciente nuestra al intentar penetrar en Europa provenientes de América latina. No se trata de situaciones excepcionales: describen el funcionamiento habitual de los sistemas de control que median en el desplazamiento entre espacios y lugares separados y que llevan inscritos diferentes tipos de jerarquías. Curiosamente, este permanente estado de excepción y de excepcionalidad parece ser justamente la norma en la experiencia contemporánea del tránsito entre espacios segregados y jerarquizados.

Dos aspectos nos interesa constatar de estas breves historias. El primero, que las experiencias contemporáneas del desplazamiento y del trabajo están estrechamente ligadas: el desplazamiento es habitualmente consustancial al trabajo. El segundo, que las políticas de control sobre el tránsito de personas, sean del tipo que sean esos tránsitos, constituyen hoy el ejemplo más nítido del ejercicio de un tipo de microfascismo que busca aplicar un disciplinamiento constante sobre las subjetividades.

¿Cómo interpretar esta paradójica relación entre el hábito o la obligatoriedad del desplazamiento y el régimen de control disciplinante que sobre él se aplica? Se podría pensar que las actuales políticas

de control sobre el desplazamiento de personas parten de asumir su propia incapacidad para imponer un régimen donde los límites sean absolutos, completos, rígidos. Se diría que la porosidad de la forma-frontera es hoy una condición aceptada por los estrictos regímenes de control fronterizo. En la frontera, en las líneas de atravesamiento de un espacio a otro, se aplican legislaciones que, en su ramificación final, podríamos denominar “flexibles”. Esa flexibilidad se hace cargo de la imposibilidad de limitar de manera completa la circulación de personas. Los regímenes de control que se presentan como absolutos en el plano general, delegan sin embargo la ejecución localizada del control en el criterio arbitrario de supervisión aplicado por guardias, funcionarios, policías, etc. En esa aleatoriedad reside precisamente su condición de microfascismo. El cuerpo aprende a dejarse guiar, a dejarse conducir, a ser sumiso: a no elevar la voz, a no dirigirse al funcionario o al policía de manera inadecuada, a no mirarle a los ojos sin cierto temor; aprende a atravesar las fronteras entre espacios segregados tensionado por la autoexigencia de no emitir señales sospechosas. El diferente nivel de tensionamiento de los cuerpos al atravesar esos espacios indica asimismo diferentes ubicaciones de los sujetos en la escala de las jerarquías sociales. Los individuos que se saben pertenecientes a grupos señalados de antemano como sospechosos interiorizan de manera más paralizante que otros el régimen de (auto)disciplinamiento. Los regímenes de control fronterizos no son meramente leyes externas que se imponen sobre los individuos. Se trata de un tipo de gubernamentalidad que conforma hoy nuestra subjetividad sumisa en el desplazamiento entre espacios segregados de diferente jerarquía o cualidad.

In Transit 1 describes an overland journey to carry out a “creative” professional activity inside a gated community or country in Argentina. **In Transit 2** describes a domestic air journey in Spain: our first work trip to carry out this project for Manifesta 8. **In Transit 3** describes our first visit to the penitentiary centre where we imparted the photography workshop that forms part of this project. **In Transit 4** describes a recent experience of ours at the border trying to enter Europe on a flight from Latin America. These are not exceptional situations: they describe everyday functioning of the control systems that mediate in the movement between spaces and places separated in space, which have different types of hierarchies inscribed within them. Curiously, this permanent state of exception and exceptionality seems to be precisely the norm in the contemporary experience of movement between segregated and hierarchised spaces.

We are interested in verifying two aspects of these short accounts: firstly, that contemporary experiences of movement and work are closely linked: movement is often practically innate to work. Secondly, that policies that control the movement of persons, whatever this movement may be, have become the clearest example of the exercise of a type of microfascism that seeks to constantly apply disciplining to subjectivities.

How can we interpret this paradoxical relationship between the movement of people out of habit or obligation and the disciplining control regime that is applied to it? Perhaps the current politics of control over the movement of persons is driven by the acknowledgement of their incapacity to impose a

regime with absolute, complete, rigid limits. It could be that the strict border control regimes have come to accept the porosity of the border-form. In their final ramification, the legislations that are applied at the border, at the lines that cross from one space to another, are what we would call “flexible.” This flexibility accepts the impossibility of completely limiting the circulation of human beings. Control regimes that present themselves as absolute, nevertheless delegate the localised implementation of control to the arbitrary criteria of supervision carried out by guards, civil servants, police officers, etc. It is this randomness that gives them their microfascist status. The body learns to let itself be guided, to let itself be led, to be submissive: to not raise its voice, not address civil servants or police officers in an inappropriate way, not look them in the eyes without a certain fear; it learns to cross borders between segregated spaces tensed by the self-demand of not transmitting suspicious signs. The different level of tension of the bodies crossing these spaces indicates different positions of the subjects within the scale of social hierarchies. The individuals who know themselves to belong to groups previously earmarked as suspicious interiorise the self-disciplining regime in a more paralysing way than others. The regimes of border control are not merely external laws that are imposed onto individuals. What is involved is a kind of governmentality that has come to form our submissive subjectivity in the movement between segregated spaces of a different nature or hierarchy.

